

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalerunt*

Año L, número II (2.558)

Ciudad del Vaticano

16 de marzo de 2018

Catequesis en la audiencia general de los miércoles

La fuerza del nombre

GIOVANNI MARIA VIAN

Hace cinco años eran realmente pocos los que habían sabido prever la elección en cónclave del arzobispo de Buenos Aires, y menos todavía los que se esperaban el nombre que elegiría el sucesor de Benedicto XVI después de la renuncia al pontificado, por primera vez después de seis siglos. Sin embargo, la espera de ese nombre estaba, como aireaban algunos electores y como apareció extrañamente en la imagen emitida durante el cónclave por las televisiones de un hombre vestido con un sayo, arrodillado, bajo la lluvia helada que caía en la plaza de San Pedro, con un cartel al cuello en el que se leía «papa Francisco», resumiendo en ese escrito la expectativa, recurrente en la Edad Media, de una renovación radical gracias a un *papa angelicus*. En la tradición hebrea y después cristiana, en un nombre se encierra mucho más que una preferencia o una inclinación, como aparece en la Biblia: el Señor cambia el de Abraham y así lo hace Jesús con Pedro para indicar la transformación de vida. La costumbre de asumir un nombre diferente del propio se afirmó mucho más tarde en algunas órdenes religiosas, como había sucedido después de los primeros siglos en las sucesiones papales. Pero ningún Pontífice había elegido llamarse Francisco, nombre de origen profano que en el latín medieval indicaba procedencia de Francia, pero se convirtió en cristiano por excelencia porque recuerda al santo de Asís (bautizado como Juan) y su radicalidad en la imitación de Cristo.

Al inicio del sexto año de pontificado aparece clara la fuerza de ese nombre, que Bergoglio quiso explicar a los periodistas con los que se reunió tres días después de la elección. Nombre que evoca la figura de san Francisco por tres motivos: la atención y la cercanía a los pobres, recomendados al nuevo Pontífice por «un gran amigo» (el cardenal brasileño Cláudio Hummes que estaba junto a él en la Sixtina) cuando ya los votos habían superado los dos tercios necesarios, la predicación de paz, la custodia de la creación. Tres componentes del mensaje cristiano que están caracterizando el desarrollo de los días del primer Papa americano, que es también el primer europeo desde hace casi trece siglos y el primer jesuita.

Indicando la necesidad para la Iglesia de salir a las periferias reales y metafóricas del mundo para anunciar el Evangelio, el arzobispo de Buenos Aires trazaba poco antes del cónclave las líneas de un pontificado esencialmente misionero, líneas que de allí a pocos meses se desarrollarían a lo largo del documento programático *Evangelii gaudium*. Alegría, sí, no obstante las persecuciones y el martirio de tantos cristianos, no obstante el desequilibrio que crece entre norte y sur del mundo, no obstante esa guerra mundial «por partes» tantas veces denunciada, no obstante la devastación del planeta que daña sobre todo a los pobres descrita en la *Laudato si'*, una encíclica acogida con interés y esperanza también por muchísimas personas que en la Iglesia no parecen reconocerse. Como bien más allá de las fronteras visibles de la Iglesia llega la palabra sencilla y apasionada de un cristiano que, llevando un gran peso, pide cada día que recen por él.



El Padre Nuestro la oración de los hijos de Dios

En el Ángelus Francisco explica el domingo «laetare»

La valentía de reconocerse frágiles

El «domingo «laetare», es decir «alegraos» se llama así porque «nos invita a la alegría»: lo explicó el Papa empezando la cuarta semana de Cuaresma con los treinta mil fieles presentes en la plaza de San Pedro a medio día del 11 de marzo para la oración del Ángelus.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este cuarto domingo de Cuaresma, llamado domingo «laetare», es decir, «alegraos», porque así es la antifona de entrada de la liturgia eucarística que nos invita a la alegría: «Alégrate, Jerusalén [...] —así, es una llamada a la alegría— Exultad y alegraos, vosotros que estabais en la tristeza». Así empieza la misa. ¿Cuál es el motivo de esta alegría? El motivo es el gran amor de Dios hacia la humanidad, como nos indica el Evangelio de hoy: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3, 16). Estas palabras, pronunciadas por Jesús durante el diálogo con Nicodemo, sintetizan un tema que está en el centro del anuncio cristiano: también cuando la situación parece desesperada, Dios interviene, ofreciendo al hombre la salvación y la alegría. Dios, de hecho, no se hace a un lado, sino que entra en la historia de la humanidad, se «entromete» en nuestra vida, entra, para animarla con su gracia y salvarla.

Estamos llamados a escuchar este anuncio, rechazando la tentación de considerarnos seguros de nosotros mismos, de querer prescindir de Dios, reclamando una absoluta libertad de Él y de su Palabra. Cuando encontramos la valentía de reconocernos por lo que somos —¡es necesaria valentía para esto!—, nos damos cuenta de que somos personas llamadas a lidiar con nuestra fragilidad y nuestros límites. Entonces puede suceder que nos dejemos llevar por la angustia, la inquietud por el mañana, el miedo de la enfermedad y la muerte. Esto explica por qué tantas personas, buscando una salida, terminan a veces en peligrosos atajos como por ejemplo el túnel de la droga o el de las supersticiones o de ruinosos rituales de magia. Está bien conocer los propios límites, las propias fragilidades, debemos conocerlas, pero no para desesperarnos, sino para ofrecerlas al Señor; y Él nos ayuda en el camino de la sanación, nos toma de la mano, y nunca nos deja solos, ¡nunca! Dios está con nosotros y por eso



me «alegro», nos «alegramos» hoy: «Alégrate, Jerusalén», dice, porque Dios está con nosotros.

Y nosotros tenemos la verdadera y gran esperanza en Dios Padre rico en misericordia, que nos ha donado a su Hijo para salvarnos, y esta es nuestra alegría. También tenemos muchas tristezas, pero, cuando somos verdaderos cristianos, está esa esperanza que es una pequeña alegría que crece y te da seguridad. Nosotros no debemos desanimarnos cuando vemos nuestros límites, nuestros pecados, nuestras debilidades: Dios está ahí cerca, Jesús está en la cruz para salvarnos. Esto es el amor de Dios. Mirar al Crucificado y decirnos dentro: «Dios me ama». Es verdad, están estos límites, estas debilidades, estos pecados, pero Él es más grande que los límites y las debilidades y los pecados. No os olvidéis de esto: Dios es más grande que nuestras debilidades, nuestras infidelidades, nuestros pecados. Y damos al Señor la mano, miramos el Crucifijo y vamos adelante.

Que María, Madre de Misericordia, nos ponga en el corazón la certeza de que somos amados por Dios. Que esté cerca de nosotros en los momentos en los que nos sentimos solos, cuando tenemos la tentación de rendirnos ante las dificultades de la vida. Que nos comunique los sentimientos de su Hijo Jesús, para que nuestro camino cuaresmal se conviertan en experiencia de perdón, de acogida y de caridad.

Al finalizar la oración mariana el Pontífice saludó a los grupos presentes.

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos venidos de Italia y de distintos países, en particular a los fieles de Agropoli, Padua, Troina, Foggia y Caltanissetta, y los jóvenes de la parroquia de San Antonio de Padua, en Serra di Pepe. Saludo a la comunidad brasileña de Roma, los jóvenes de confirmación de Tivoli con su obispo, los jóvenes de Avigliano y los de Saronno. Un saludo especial dirijo a los estudiantes universitarios procedentes de distintas partes del mundo y reunidos en el primer «Vatican Hackathon», promovido por el dicasterio para la Comunicación: queridos jóvenes, es bonito poner la inteligencia, que Dios nos dona, al servicio de la verdad y de los más necesitados. Deseo a todos un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

El confesor según el Pontífice

Solo un instrumento de la misericordia

Los confesores no son los «dueños de las conciencias» sino solo los «instrumentos» de la misericordia y de la reconciliación. Lo recordó el Papa Francisco durante la audiencia —que tuvo lugar el viernes por la mañana, 9 de marzo, en el Aula Pablo VI— a los participantes del 29º curso sobre el fuero interno promovido por la penitenciaría apostólica.

Queridos hermanos, ¡buenos días!

Os saludo cordialmente, empezando por el cardenal Mauro Piacenza, al que doy las gracias por sus palabras. Saludo a toda la familia de la Penitenciaría apostólica y a los participantes del Curso del Fuero interno, que este año, mirando al próximo Sínodo sobre los jóvenes, ha afrontado la relación entre confesión sacramental y discernimiento vocacional. Se trata de un tema más oportuno que nunca, que merece alguna reflexión que deseo compartir con vosotros.

Vosotros, confesores, especialmente vosotros, futuros confesores, tenéis la ventaja —digamos así— de ser jóvenes, y por tanto, de poder vivir el sacramento de la reconciliación como «jóvenes entre los jóvenes»; y, no por casualidad, la cercanía en la edad favorece el diálogo también sacramental, por una natural afinidad de lenguajes. Esto puede constituir una facilitación y es una circunstancia para vivir adecuadamente, para la edificación de auténticas personalidades cristianas. Sin embargo, es una condición no privada de límites e incluso de riesgos, porque estáis al inicio de vuestro ministerio y por tanto, debéis todavía adquirir todo el bagaje de experiencia que un «confesor consumado» tiene, después de decenios de escucha a los penitentes.

¿Cómo vivir, entonces, esta circunstancia? ¿Qué atenciones tener en la escucha de las confesiones sacramentales, sobre todo de los jóvenes, también para un eventual discernimiento vocacional?

En primer lugar diría que es necesario siempre redescubrir, como afirma santo Tomás de Aquino, la dimensión instrumental de nuestro ministerio. El sacerdote confesor no es la fuente de la Misericordia ni de la Gracia; ni es el instrumento indispensable, ¡sino siempre solo instrumento! Y cuando el sacerdote se adueña de esto, impide que Dios actúe en los corazones. Esta conciencia debe favorecer una atenta vigilancia sobre el riesgo de convertirse en «dueños de las conciencias», sobre todo en la relación con los jóvenes, cuya personalidad está todavía en formación y, por eso, mucho más fácilmente influenciable. Recordar ser, y deber ser, solo instrumentos de la reconciliación es el primer requisito para asumir una actitud de humilde escucha del Espíritu Santo, que garantiza un auténtico esfuerzo de discernimiento. Ser instrumentos no es una disminución del ministerio, sino, al contrario, es la plena realización, ya que en la medida en la que desaparece el sacerdote y aparece más cla-

ramente Cristo sumo y eterno sacerdote, se realiza nuestra vocación de «siervos inútiles».

En segundo lugar es necesario saber escuchar las preguntas, antes de ofrecer las respuestas. Dar respuestas, sin estar preocupados por escuchar las preguntas de los jóvenes y, donde sea necesario, sin haber tratado de suscitar preguntas auténticas, sería una actitud errónea. El confesor está llamado a ser hombre de la escucha: escucha humana del penitente y escucha divina del Espíritu Santo. Escuchando realmente al hermano en el coloquio sacramental, nosotros escuchamos a Jesús mismo, pobre y humilde; escuchando al Espíritu Santo nos ponemos en atenta obediencia, nos convertimos en auditores de la Palabra y por tanto ofrecemos el más grande servicio a nuestros jóvenes penitentes: los ponemos en contacto con Jesús

muel: «Habla Señor, que tu siervo escucha» (1 Samuel 3, 9).

El coloquio de la confesión sacramental se convierte así en ocasión privilegiada de encuentro, para ponerse ambos, penitente y confesor, en escucha de la voluntad de Dios, descubriendo cuál pueda ser su proyecto, independientemente de la forma de la vocación. De hecho, ¡la vocación no coincide, ni puede nunca coincidir, con una forma! ¡Esto llevaría al formalismo! La vocación es la relación misma con Jesús: relación vital e imprescindible.

Corresponden a la realidad las categorías con las cuales se define el confesor: «médico y juez», «padre y pastor», «maestro y educador». Pero especialmente para los más jóvenes, el confesor está llamado a ser sobre todo un testigo. Testigo en el sentido de «mártir», llamado a com-



mismo. Cuando se cumplen estos dos elementos, el coloquio sacramental puede abrirse realmente a ese camino prudente y orante que es el discernimiento vocacional. Cada joven debería poder oír la voz de Dios tanto en la propia conciencia, como a través de la escucha de la Palabra. Y en este camino es importante que sea sostenido por el acompañamiento sabio del confesor, que a veces puede también convertirse —por petición de los jóvenes mismos y nunca autoproponiéndose— en padre espiritual. El discernimiento vocacional es sobre todo una lectura de los signos, que Dios mismo ha puesto ya en la vida del joven, a través de sus cualidades e inclinaciones personales, a través de los encuentros hechos, y a través de la oración: una oración prolongada, en la cual repetir, con sencillez, las palabras de Sa-

padecer por los pecados de los hermanos, como el Señor Jesús; y después testigo de la misericordia, de ese corazón del Evangelio que es el abrazo del Padre al hijo pródigo que vuelve a casa. El confesor-testigo hace más eficaz la experiencia de la misericordia, abriendo de par en par a los fieles un horizonte nuevo y grande, que solo Dios puede dar al hombre. Queridos jóvenes sacerdotes, futuros sacerdotes y queridos penitenciaristas, sed testigos de la misericordia, sed humildes oyentes de los jóvenes y de la voluntad de Dios para ellos, sed siempre respetuosos con la conciencia y la libertad de quien se acerca al confesionario, porque Dios mismos ama su libertad.

Y encomendado a los penitentes a aquella que es refugio de los pecadores y Madre de misericordia.

Celebración penitencial en la basílica vaticana

Misericordia sin fronteras

El amor de Dios «no conoce límites ni fronteras; no tiene esos obstáculos que nosotros, por el contrario, solemos poner a una persona, por temor a que nos quite nuestra libertad». Lo subrayó el Papa durante la celebración de la penitencia presidida el viernes 9 de marzo, en la basílica de San Pedro. A continuación, la homilía pronunciada por el Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas:

Cuánta alegría y consuelo nos dan las palabras de san Juan que hemos escuchado: es tal el amor que Dios nos tiene, que nos hizo sus hijos, y, cuando podamos verlo cara a cara, descubriremos aún más la grandeza de su amor (cf. 1 Jn 3, 1-10.19-22). No sólo eso. El amor de Dios es siempre más grande de lo que podemos imaginar, y se extiende incluso más allá de cualquier pecado que nuestra conciencia pueda reprocharnos. Es un amor que no conoce límites ni fronteras; no tiene esos obstáculos que nosotros, por el contrario, solemos poner a una persona, por temor a que nos quite nuestra libertad. Sabemos que la condición de pecado tiene como consecuencia el alejamiento de Dios. De hecho, el pecado es una de las maneras con que nosotros nos alejamos de Él. Pero esto no significa que él se aleje de nosotros. La condición de debilidad y confusión en la que el pecado nos sitúa, constituye una razón más para que Dios permanezca cerca de nosotros. Esta certeza debe acompañarnos siempre en la vida. Las palabras del Apóstol son un motivo que impulsa a nuestro corazón a tener una fe inquebrantable en el amor del Padre: «En caso de que nos condene nuestro corazón, [pues] Dios es mayor que nuestro corazón» (v. 20).



Su gracia continúa trabajando en nosotros para fortalecer cada vez más la esperanza de que nunca seremos privados de su amor, a pesar de cualquier pecado que hayamos cometido, rechazando su presencia en nuestras vidas.

Esta esperanza es la que nos empuja a tomar conciencia de la desorientación que a menudo se apodera de nuestra vida, como le sucedió a Pedro, en el pasaje del Evangelio que hemos escuchado: «Y enseguida cantó un gallo. Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: “Antes de que cante el gallo me negarás tres veces”. Y saliendo afuera, lloró amargamente» (Mt 26, 74-75). El evangelista es extremadamente sobrio. El canto del gallo sorprende a un hombre que todavía está confundido, después recuerda las palabras de Jesús y por último se rompe el velo, y Pedro comienza a vislumbrar, a través de las lágrimas, que Dios se revela en ese Cristo abofeteado, insultado, renegado por él, pero que va a morir por él. Pedro, que habría querido morir por Jesús, comprende ahora que debe dejar que muera por él. Pedro quería enseñar a su Maestro, quería adelantarse, en cambio, es Jesús quien va a morir por Pedro; y esto Pedro no lo había entendido, no lo había querido entender. Pedro se encuentra ahora con la caridad del Señor y entiende por fin que él lo ama y le pide que se deje amar. Pedro se da cuenta de que siempre se había negado a dejarse amar, se había negado a dejarse salvar plenamente por Jesús y, por lo tanto, no quería que Jesús lo amara totalmente.

¡Qué difícil es dejarse amar verdaderamente! Siempre nos gustaría que algo de nosotros no esté obligado a la gratitud, cuando en realidad estamos en deuda por todo, porque Dios es el primero y nos salva completamente, con amor.

Pidamos ahora al Señor la gracia de conocer la grandeza de su amor, que borra todos nuestros pecados.

Dejémosnos purificar por el amor para reconocer el amor verdadero.

El Pontífice pide respuestas más adecuadas y eficaces a los desafíos de las migraciones

Compromisos concretos más allá de las palabras

«Alentar a los Estados a que concuerden las respuestas más adecuadas y eficaces a los desafíos de los fenómenos migratorios» y «asegurar que a las palabras les sigan compromisos concretos en nombre de la responsabilidad global y compartida». Esta es la doble tarea indicada por el Papa Francisco a los participantes del Consejo Plenario de la Comisión Católica Internacional para las migraciones, recibidos en audiencia en la mañana del jueves 8 de marzo, en la Sala Clementina.

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy la bienvenida con motivo del Consejo Plenario de la Comisión Católica Internacional para las migraciones. Agradezco cordialmente al presidente, el cardenal Njue —que tiene un gran sentido del humor— sus palabras de saludo y la breve síntesis de vuestros trabajos.

Como ya hizo san Juan Pablo II, haciéndose eco de las palabras del beato Giovanni Battista Montini, quiero reiterar que la causa de este organismo al que pertenecéis es la causa de Cristo mismo (cf. *Discurso a los miembros de la ICMI* 12 de noviembre 2001: Enseñanzas XXIV 2 [2001], 712). Esta realidad no ha cambiado con el tiempo, de hecho, el compromiso se ha reforzado en vista de las condiciones inhumanas en las que se encuentran millones de hermanos y hermanas migrantes y refugiados en diferentes partes del mundo. Como ocurrió en los tiempos del pueblo de Israel esclavo en Egipto, el Señor escucha su clamor y conoce sus sufrimientos (cf. *Éxodo* 3, 7). La liberación de los miserables, de los oprimidos y de los perseguidos es una parte integral, hoy como ayer, de la misión que Dios ha confiado a la Iglesia. Y el trabajo de vuestra Comisión es una expresión tangible de este compromiso misionero. Muchas cosas han cambiado desde 1951, fecha de su fundación: las necesidades son cada vez más complejas; las herramientas para responder a ellas se han vuelto más sofisticadas; el servicio se ha ido haciendo gradualmente más profesional. Ninguno de estos cambios, sin embargo, ha logrado —gracias a Dios— disminuir la fidelidad de la Comisión a su misión. Gracias.

El Señor mandó a Moisés en medio de su pueblo oprimido para secar sus lágrimas y dar esperanza (cf. *Éxodo* 3, 16-17). En más de 65 años de actividad, la Comisión se ha distinguido en la realización, en nombre de la Iglesia, de una obra po-



liédrica de asistencia a los migrantes y refugiados en las más variadas situaciones de vulnerabilidad. Las múltiples iniciativas adoptadas en los cinco continentes son formas ejemplares de los 4 verbos —sostener, proteger, promover e integrar— con los que quise hacer explícita la respuesta pastoral de la Iglesia frente a las migraciones (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2018*, 15 de agosto, 2017). Espero que esta obra prosiga, animando a las Iglesias locales a afanarse por las personas que han sido forzadas a abandonar su patria y que se convierten, demasiado a menudo, en víctimas de engaños, violencia y abusos de todo tipo. Gracias a la experiencia inestimable, acumulada durante tantos años de trabajo, la Comisión podrá prestar una asistencia cualificada a las Conferencias Episcopales y a las

diócesis que todavía están tratando de organizarse con el fin de responder mejor a este reto histórico.

«Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto». (*Éxodo* 3, 10). Así el Señor envió a Moisés a Faraón para convencerlo de que liberase a su pueblo. Para liberar a los oprimidos, a los descartados y a los esclavos de hoy, es esencial promover un diálogo abierto y sincero con los gobernantes, un diálogo que atesore la experiencia vivida, el sufrimiento y las aspiraciones de la gente, para llamar a cada una de sus responsabilidades. Los procesos iniciados por la comunidad internacional hacia un pacto global sobre los refugiados y otro para la migración segura, ordenada y regular representan una oportunidad ideal para lograr este diálogo.

También en este sentido, la Comisión está a la vanguardia para ofrecer una contribución valiosa y competente con el fin de encontrar esas nuevas formas propuestas por la comunidad internacional para responder de forma acertada a estos fenómenos que caracterizan nuestra época.

Y me alegro de que muchas de las Conferencias Episcopales aquí representadas estén caminando en esa dirección, en comunión de intenciones que da testimonio ante el mundo entero de la solicitud pastoral de la Iglesia hacia nuestros hermanos y hermanas migrantes y refugiados.

El trabajo no está terminado. Juntos debemos alentar a los Estados a que concuerden las respuestas más adecuadas y eficaces a los desafíos de los fenómenos migratorios; y podemos hacerlo sobre la base de los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia. También tenemos que esforzarnos por asegurar que a las palabras —codificadas en los dos Pactos mencionados— les sigan compromisos concretos en nombre de la responsabilidad global y compartida. Pero el compromiso de la Comisión va más allá. Pido al Espíritu Santo que continúe iluminando vuestra importante misión, manifestando el amor misericordioso de Dios a nuestros hermanos y hermanas migrantes y refugiados.

Os aseguro mi cercanía y mi oración; y vosotros, os lo ruego, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

Nazaria Ignacia March Mesa

fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia

El 26 de enero, el Papa Francisco recibió en audiencia al cardenal Angelo Amato, S.D.B., prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos. Durante la audiencia, el Pontífice autorizó promulgar, entre otros, el decreto del milagro atribuido a la intercesión de la beata Nazaria Ignacia March Mesa, fundadora de la Congregación de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, nacida en Madrid (España), el 10 de enero de 1889, y fallecida en Buenos Aires (Argentina), el 6 de julio de 1943.

Las Misioneras Cruzadas de la Iglesia son un Instituto religioso-apostólico de Derecho Pontificio, fundado en Oruro, Bolivia, el 16 de junio de 1925 y aprobado por el Papa Pío XII el 9 de junio de 1947. Actual-

mente están presentes en cuatro continentes y 21 países.

Son «misioneras» por «el ideal de quien ama a Cristo y a su Iglesia Santa y se entrega incondicionalmente al anuncio del Reino. Como la Iglesia existimos para evangelizar». «Cruzadas» porque «evocan el deseo de empresas arriesgadas y audaces, el mayor servicio que diría san Ignacio de Loyola, en abnegado y oculto trabajo buscando la mayor gloria de Dios». Y «de la Iglesia» por «el amor entrañable a ella, nuevo pueblo de Dios, y la adhesión filial al Papa y a los obispos, sucesores de los apóstoles». La beata Nazaria Ignacia, fue beatificada por Juan Pablo II, el 27 de septiembre de 1992 en Roma.

Cada misionera es apóstol de eclesialidad allí donde es

enviada por el Espíritu. «Su comunidad es la misma Iglesia local. Este es el terreno privilegiado de la misión, la fuente de su espiritualidad, el motivo por el cual vive la comunidad y toda su organización está en función de la misión».

Además, constituida al amparo de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, nace la ONG «Bajar a la calle sin fronteras». Se trata de una organización compuesta por personas vinculadas por un ideal común: «contribuir a la lucha contra la pobreza, trabajar por los derechos humanos, potenciar los cambios sociales para mejorar las condiciones de vida de los hombres y mujeres de los países empobrecidos, promoviendo una ciudadanía protagonista de su propia historia».

El Pontificado en cinco palabras

Salida

SILVINA PÉREZ

Salida. Una palabra que encierra una de las novedades del pontificado de Francisco, palabra en torno a la cual se concentró el programa pastoral entregado en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Sin lugar a dudas es una expresión con la que el Pontífice quiere explicar cómo, ante una humanidad doliente, a causa de las heridas de todo tipo, tiene que llegar a realizar la evangelización, es decir, llevar el Evangelio hasta las periferias existenciales. «Id, pues, a los cruces de los caminos y, a cuantos encontréis, invitadlos a la boda» (*Mateo 22, 9*). Sobre todo acompañad a quien se encuentra al borde de los caminos, «cojos, lisados, ciegos, mudos» (*Mateo 15, 30*). «Donde quiera que os encontréis no construyáis jamás muros ni fronteras, sino más bien plazas y hospitales de campo». Con estas palabras, dirigidas a los obispos italianos el 10 de noviembre de 2015 en la catedral florentina de Santa María de las Flores, el Papa indica cuál tiene que ser el estilo de la Iglesia «en salida», capaz de consolar, socorrer, curar y, sobre todo, hacer visible la misericordia de Dios.

Ser una Iglesia en salida presupone buscar a quien se ha perdido y acoger a quien pide ayuda. La Iglesia, por lo tanto, se encuentra en un «dinamismo en salida», porque está animada por la «potencia liberadora y renovadora» de la palabra de

Dios. Pero para Francisco la salida prevé un paso anterior: el de la conversión, porque no está uno preparado hasta que no sale de sí mismo, hacia Dios y hacia los demás.

La disponibilidad hacia la escucha en salida es una de las claves interpretativas para entender toda la acción de Francisco, es el modo en el que el Papa ve en su magisterio los signos de la naturaleza misionera de la Iglesia. Bergoglio tuvo la intuición eclesial y pastoral de salir, de salir hacia las periferias e invertir la mirada volviendo a comenzar a partir, precisamente, de ellas, ahí donde la celebración de la eucaristía en comunión encuentra la imagen de la Iglesia que prefiere: la expresada por el Vaticano II en la *Lumen gentium*, del «santo pueblo fiel de Dios».

Por lo tanto, *sentire cum ecclesia* significa para el Papa Francisco ser una Iglesia «en estado permanente de misión». Una Iglesia «en salida» también de la autorreferencialidad encerrada en «una pequeña capilla que puede contener sólo a un pequeño grupo de personas seleccionadas».

Una Iglesia misionera proyectada hacia un mundo donde prevalece la «globalización de la indiferencia». Indiferencia que provoca esa «cultura del descarte» basada en la preeminencia del interés individual a la que según Francisco se debe contraponer el Evangelio de la misericordia.



Periferias

LUCETTA SCARAFFIA

El Papa llegado desde el fin del mundo llevó inmediatamente a Roma, al Vaticano,

El punto de vista desde el que miró el papel que debía asumir, el modo de vivir previsto para un Papa, era tan nuevo que inmediatamente corrió el riesgo de separarse de la vida real, de las relaciones con los demás seres humanos, sobre todo de esas relaciones imprevisibles de las cuales «él lo sabía bien» podían venir inspiraciones y fuerza.

Mirar el mundo desde el punto de vista de las periferias inspiró cada gesto y cada decisión de su pontificado: desde el primer viaje a Lampedusa, isla perdida en el Mediterráneo, cuyo interés a sus ojos era el de ser punto de llegada de miles de migrantes, periferia que acogía a los que huían de las periferias damnificadas del mundo.

Después llegaron los viajes a la frontera entre México y Estados Unidos, otro lugar donde se consuma la tragedia de las migraciones y en las zonas más devastadas del planeta —como los asentamientos de chabolas de las ciudades latinoamericanas donde se prepara y se distribuye la droga que después se vende en los países ricos— siempre en la búsqueda de las palabras justas para sacudir a un mundo rico que no quiere oír hablar de los pobres.

El Papa Francisco sabe bien que desde las periferias viene el mal y por lo tanto, puede venir el bien, para el mundo.

Desde esta óptica, revolucionando las tradiciones de la Curia, creó muchos cardenales que trabajan en lugares periféricos y considerados de poca consideración, para hacer entender de nuevo que mirar a las periferias significaba darle la vuelta a la mesa y renovar en serio.

Dos son los actos más fuertes que ha realizado: la encíclica *Laudato si'*, que ha volcado completamente el punto de vista desde el cual se mira la contaminación, tirando delante de los ojos del mundo —acostumbrado a las quejas por el esmog de las grandes ciudades— el precio enorme e injusto que pagan aquellos que viven en los países pobres por un desarrollo que no tiene en cuenta las exigencias de los seres humanos y de la naturaleza, sino solo del beneficio.

Y después, la apertura del jubileo de la misericordia en Bangui: cuando Francisco abrió la puerta de aquella pobre catedral, en medio de una población desgarrada por la guerra, todo el mundo entendió que la era de la Iglesia triunfal que muestra su belleza y su opulencia desde San Pedro estaba superada.

Era la Iglesia misma que pedía misericordia para las periferias a menudo olvidadas.

Pero todavía hay otra periferia que hay que salvar, precisamente en el corazón de la Iglesia: las mujeres, religiosas y laicas, que tanto tienen que decir, tanto para dar, y no son escuchadas.

Pobres

JOSÉ BELTRÁN

Interior de la Sixtina. Ovación cerrada. El recuento de votos se inclina hacia un lado. No hay vuelta atrás. Primer plano. El rostro sereno de Bergoglio, meditativo. Junto a él, Hummes. Un abrazo. Le habla al oído. Plano corto. «No te olvides de los pobres». Un susurro del émerito brasileño. Dios, en voz baja. Brisa del Espíritu que se hace eco demoliendo en la cabeza del argentino: «Los pobres, los pobres...». De inmediato, otra palabra brota del corazón. Nace Francisco. Otro «Poverello». Los que no cuentan para la sociedad, los condenados a vivir sin apellido, dan nombre al nuevo Pontificado. Y sentido. Minuto cero. «Sueño con una Iglesia pobre y para los pobres». El programa del Obispo de Roma para todos los católicos. Sueño, no ensañación.

Hoja de ruta que él mismo marca con su paso, con unas gastadas sandalias de pescador que le llevan a Lampedusa como primer destino. Los refugiados que se come el mar, empujados al abismo por los poderosos. Pobres entre los pobres. La maleta papal viaja desde entonces a los suburbios del mundo. Lo mismo a una niña víctima de la trata en Filipinas que a las madres presidiarias colombianas. Para lavar los pies a un migrante musulmán que para tender la mano a los denostados rohingya. «Tomando un niño, lo puse en medio de ellos y lo abrazó». De la periferia al centro. Francisco abraza la pobreza como estilo de vida. Una provocación. Porque la pobreza huele mal, no es fotogénica y no trae más que problemas.

Lo sabe el pastor que se pateó las villas de Buenos Aires, que quiso complicarse la vida con los cartoneros, con los niños adictos al «paco» y con las madres solteras. Y como Papa le ha complicado la vida a más de uno que prefería mirar de lejos esta realidad. Como mucho, tocarla con guantes esterilizados.

Francisco ha bajado a la Iglesia del coche oficial de la falsa compasión, para embarrarse. No se ha perdido en discursos de salón, pronuncia cada día en Santa Marta la homilía de la austeridad, la humildad y la sencillez que brota del establo de Belén.

Porque abrazar la pobreza para él no es un postulado ético ni mero asistencialismo. Es el Evangelio, descubrir el rostro de Jesús en la mirada del indigente que se clava hasta adentro. Es conmoverse con las entrañas del padre del hijo pródigo para levantarse contra las situaciones de injusticia que han llevado a crear guetos en todos los pueblos. La premisa bergogliana: soy yo privilegiado el que está en deuda con el pobre, y no a la inversa. Por eso este es un Papado incómodo. Para el primer Papa latinoamericano de la historia abrazar la pobreza denunciar sus causas y combatirlas. Indignación ante la desigualdad. Gritar para acabar con una economía que descarta y mata de hambre, contra una guerra por fascículos que crea nuevas bolsas de miseria, contra una opinión pública que hace invisible al que duerme en un cajero o al que pide en la puerta del mercado. Los pobres, en el primer plano de Francisco. Desde el minuto cero. Hasta hoy.

El Pontificado en palabras

Misericordia

JEAN-MARIE GUÉNOIS

¿Alguien se acuerda de la Misericordia? ¿Esas pequeñas cajas que parecían una medicina pero que contenían un rosario y una estampa, remedio espiritual para curar y sanar en lo profundo el corazón y el espíritu? Causaron furor en el inicio del pontificado porque esa farmacia del corazón era un símbolo perfecto del tratamiento prescrito a la Iglesia católica por el nuevo Papa. En el folleto ilustrativo se leían dos palabras muchas veces repetidas por Francisco: «revolución de la ternura».

Indicaban una terapia pero también, y sobre todo, un diagnóstico. El de una Iglesia católica que no era capaz de transmitir su mensaje más esencial, la compasión y la misericordia de Cristo por todas las miserias de la vida. El Salvador no rechaza ninguna, sobre todo las más escondidas, las más inconfesables, ese tejido celular invisible donde prospera el verdadero ácido de la conciencia humana, ese virus letal que persuade al hombre hacia dos cosas: que nunca podrá salir de los bajos fondos y que Dios no lo perdonará nunca.

Un ingrediente perfecto, porque es silencioso y secreto, de la desesperación profunda.

Sin embargo, el mensaje de la misericordia venía desde lejos y desde hacía mucho tiempo. Por permanecer en el siglo XX, sor Faustina Kowalska, la santa polaca de la divina misericordia, tuvo una influencia decisiva sobre Karol Wojtyła, que dedicó su segunda encíclica a la misericordia. Y precisamente en el signo de la misericordia, corazón del Evangelio, se abrió y se cerró el Concilio.

Con una mirada retrospectiva se puede decir que aquel valioso mensaje de la misericordia divina estuvo muy presente pero no consiguió conquistar el favor de la opinión pública, creyente o no creyente, cristiana e incluso católica. Opinión pública que continuaba teniendo de la Iglesia católica la imagen de un intransigente gendarme moral.

De hecho, era difícil, después de siglos de escrupuloso moralismo, borrar esa imagen negativa explicando que ya reinaba «la inconcebible misericordia», como decía sor Faustina, y no más la triste contabilidad de los pecados.

He ahí, tal vez, uno de los grandes vuelcos de estos primeros cinco años de pontificado de Francisco.

Este Papa, insistiendo en la confesión, celebrando un año santo extraordinario dedicado a la misericordia, consiguió conquistar al gran público y comunicar ese mensaje espiritual del amor divino incondicional, la misericordia. Lo que sus predecesores sembraron parece ahora cultivado a gran escala por Francisco.

Y bajo la forma de nutrición espiritual para todos.



Diablo

ENZO BIANCHI

«El diablo está también en el siglo XXI y nosotros debemos aprender del Evangelio cómo luchar contra él». En esta frase de la homilía en Santa Marta del 11 de abril de 2014 está condensado el pensamiento del Papa Francisco no tanto sobre la existencia del diablo, sino —mucho más profundo— sobre cómo el cristiano debe afrontar esta presencia que, incluso privada de imágenes y personificaciones estereotipadas, no cesa de incidir sobre la vivencia cotidiana de cada uno.

A Francisco no le interesa tanto describir al demonio, el «divisor» que intenta incesantemente separarnos de Dios y oponernos los unos a los otros. Para el Papa, sobre todo es importante que el cristiano sepa luchar día tras día contra los demonios, usando como arma el Evangelio, la buena noticia del Dios que se ha hecho hombre para sanar a los enfermos, salvar a quien estaba perdido, reconciliar consigo a cada

criatura. Y las armas del Evangelio que es Jesucristo se afilan con el discernimiento —de los pensamientos, de las palabras, de las acciones y de las omisiones— que lleva a reconocer lo que viene de Dios y lo que viene del maligno. Un discernimiento que sabe captar cómo toma cuerpo en nosotros (como individuos y como comunidad eclesial) la tentación que sale del demonio, que «tiene tres características, crece, contagia y se justifica» precisa el Papa. Sí, el tentador como virus se insinúa astutamente, mostrándose primero como entidad leve, después transmitiendo en torno a sí el propio contagio, hasta parecer una condición absolutamente justificable.

La lucha por tanto debe suceder con la espada de la palabra de Dios (cf. *Hebreos* 4, 12) que penetra y realiza una «división» contrapuesta a la del demonio, inspirando un posicionarse que recoloca al cristiano siguiendo al Señor, endereza el camino, lo guía a la conversión. Es la asiduidad con la palabra de Dios que impide la tentación de crecer y echar raíces, que detiene el contagio y borra las justificaciones. Al mismo tiempo el Espíritu lucha en nosotros y junto a nosotros, confortándonos, levantándonos de la desesperación, anunciándonos la buena noticia del Señor que perdona nuestros pecados.

Este rostro misericordioso del Señor es el antídoto que Francisco recuerda constantemente para fortalecer a los cristianos en su lucha anti-idolátrica y para consolar a quien está tentado de ceder a las lisonjas del diablo. Es el Señor Jesús —narrado y predicado en el Evangelio, aquel que ha derribado el muro de la separación, que ha creado la unidad de los dos pueblos (cf. *Efesios* 2, 14) y que cada día recrea la comunión entre sus discípulos— el único que puede derrotar al divisor y unificar nuestro corazón. Por otro lado, el Papa lo afirmó desde el día después de su elección, citando a León Bloy: «Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo».



Traducciones bíblicas

La aportación de la mujer aborígen latinoamericana

MARCELO FIGUEROA

Desde hace algunas décadas, en casi todo el mundo, pero muy especialmente en Latinoamérica, las ciencias de traducción bíblica han tomado rumbos inclusivos, culturales, lingüísticos y hermenéuticos tan importantes como irreversibles. La necesidad de que las traducciones contengan visiones exegéticas ecuménicas es un aporte que enriquece la diversidad cristiana existente en el continente moreno. El énfasis de que los traductores primarios a las lenguas indígenas sean los propios aborígenes es la genuina manera de que la traducción contenga los aportes de su propia cosmovisión nativa. Las disciplinas sociolingüistas aportan a las traducciones bíblicas en los idiomas de la múltiples etnias americanas, los componentes culturales imprescindibles para que la traducción sea realmente emanada y encarnada en el corazón de cada pueblo. Pero el aspecto fundamental para el análisis, el desarrollo, la inculturación y el futuro de una traducción bíblica autóctona es el rol activo de la mujer aborígen. En estas culturas su participación activa es imprescindible dado que en la mayoría de los casos son las verdaderas guardianas del idioma. A diferencia de los hombres, ellas tienen menor contacto y por lo tanto mayor resistencia al avance de las culturas e idiomas dominantes, como el español o el portugués. Son ellas las que quedan al cuidado de los niños y les transmiten su cultura, sus costumbres, su fe y su lengua. Son las mujeres las que sostienen la vitalidad, riqueza y pureza del idioma aborígen. Es por ello que no se puede pensar en equipos de traducción a lenguas ori-



Viaje apostólico del Papa Francisco en Ecuador, Bolivia y Paraguay (1/-07/2015)

ginarias sin que haya mujeres en él y hasta ha habido casos en la región en que todas las integrantes del comité de traducción de una biblia eran mujeres aborígenes.

El caso paradigmático es la mujer guaraní. Luego de las guerras del chaco paraguayo que diezmaron a los hombres, el idioma corrió serio riesgo de desaparecer. Fueron las mujeres paraguayas las que lo cuidaron, lo transmitieron, lo protegieron con sus propias vidas hasta el punto de que hoy el único país que tiene una lengua aborígen como oficial al igual que el español es Paraguay. Otro ejemplo puede ser tomado de la lengua quechua. En Lucas 1, 41 el texto dice que «Cuando Isabel oyó el saludo de María, la criatura se le movió en el vientre». Algunas mujeres de esa etnia se rieron cuando escucharon esos borradores de la traducción realizada por los hombres. Ellas sugirieron una palabra onomatopéyica para comunicar la sensación del movimiento repentino que experimentó Isabel. Esa riqueza en la trasmisión lingüística sensorial solo pudo ser pensada por una mujer que haya tenido en su seno un hijo. Por lo tanto, esa traducción quechua tuvo por siempre una vivencia única del misterio del encuentro entre las madres de Juan el Bautista y Jesús, aspecto sensorial que probablemente hemos perdido en las traducciones tradicionales en los idiomas dominantes.

El ecumenismo es un término amplio y no solo debe incluir el aspecto confesional sino, y especialmente, el cultural de cada pertenencia de fe. Y en ese ecumenismo cultural integral que refleje la antropología de la fe latinoamericana, el lugar de la mujer nativa no solo es importante sino que es fundamental. Sin la activa participación de estas mujeres nativas, porque la Iglesia es mujer y los textos de los Evangelios son encarnación lingüística, las traducciones indígenas que hoy utilizan las Iglesias indígenas en Latinoamérica perderían sus máximas riquezas distintivas.

La homilía del Pontífice

Misa en Santa Marta

Perdonar para ser perdonados

«Lamentablemente» y «siempre que»: con estas dos expresiones el Papa Francisco ha explicado qué es y cómo se vive realmente y hasta el fondo el perdón. En la misa celebrada el martes por la mañana 6 de marzo en Santa Marta, el Pontífice sugirió no avergonzarse de acusarse a sí mismos de ser «lamentablemente» pecadores. Y recordó que el Señor está siempre preparado para perdonarnos «siempre que» nosotros perdonemos a los otros.

«Siempre en este camino de conversión que es la Cuaresma hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre el perdón» hizo notar enseguida el Papa, preguntándose: «¿Qué es el perdón? ¿De dónde viene el perdón?». Para responder a estos interrogantes Francisco hizo referencia a las «dos lecturas de hoy» que, dijo, «podemos explicar con dos palabras sencillas: lamentablemente y siempre que». Son precisamente estas «las dos palabras del mensaje de hoy: lamentablemente y siempre que».

En la primera lectura, tomada del libro de Daniel (3, 25-34-43): «Y Azarías, de pie en medio del fuego, reza al Señor y pide: “No nos abandones para siempre, Señor, miranos”. Azarías «estaba en el fuego porque no había querido adorar al ídolo: adoraba solamente a Dios». Y de hecho «él no reprochaba a Dios, no dice: “Pero mira, yo me he expuesto por tí, he dado la cara por tí ¿y tú me pagas así?”». Por tanto Azarías «no dice esto; va a la raíz» y pregunta: «¿Por qué me sucede esto a mí y nuestro pueblo? Porque hemos pecado. Tú eres grande Señor, tú eres grande. Tú nos has salvado siempre pero, lamentablemente, hemos pecado. Nosotros queríamos servirte pero, lamentablemente, somos pecadores».

Precisamente «en ese momento –reiteró el Pontífice– Azarías confiesa el propio pecado: el pecado del pueblo. Se acusa a sí mismo». Y de hecho, «la acusación de nosotros mismos es el primer paso hacia el perdón: “Señor, no retires de nosotros tu misericordia. Nos hemos hecho pequeños, hemos pecado. ¡Si pudiéramos ser acogidos con el corazón contrito, con el espíritu humillado!”». Es así por tanto, la acusación a sí mismos: «Hemos pecado, tú eres grande, lamentablemente he pecado».

«Acusarse a sí mismo es parte de la sabiduría cristiana» insistió el Papa. Ciertamente no es sabiduría cristiana «acusar a los otros». Es necesario sin embargo acusarse a «sí mismo» y afirmar: «yo he pecado». Y «cuando nosotros nos acercamos al sacramento de la penitencia», sugirió Francisco, es necesario «tener esto en la mente: Dios grande que nos ha dado tantas cosas y lamentablemente yo he pecado, yo he ofendido al Señor y pido salvación». Pero «si yo voy al sacramento de la confesión, de la penitencia, y empiezo a hablar de los pecados de los otros, no sé qué busco» afirmó el Papa: seguramente «no busco el perdón». Más bien «trato de justificarme y nadie puede justificarse a sí mismo, solamente Dios nos justifica».

«Me viene a la mente –confió Francisco– esa anécdota histórica de una señora que se acercó al confesionario y empezó a hablar de la suegra: qué hacía la suegra, cómo la hacía sufrir». Y «pasados quince minutos el confesor le dice: “Señora, está bien, usted ha confesado los pecados de su suegra, ahora confiese los suyos”».

«Muchas veces vamos a pedir perdón al Señor justificándonos, viendo qué cosa mala han hecho los otros» reiteró el Pontífice. Pero la actitud adecuada es reconocer que, «lamentablemente, yo he pecado». En resumen, «acusarse a sí mismo». Y «esto le gusta al Señor, porque el Señor recibe el corazón contrito». Al respecto son claras las palabras de Azarías: «No hay desilusión para aquellos que confían en tí». Porque «el corazón contrito dice la verdad al Señor: “Yo he hecho esto, Señor, he pecado contra tí”». Pero «el Señor le tapa la boca, como el padre al hijo pródigo, no lo deja hablar: su amor lo cubre, perdona todo».

«Acusarnos a nosotros mismos», por tanto. «Cuando yo voy a confesarme, ¿qué hago? ¿Me justifico o me acuso?» es la pregunta planteada por Francisco. Con la sugerencia de «no tener vergüenza, él nos justifica: “Señor, tú eres grande, me has dado muchas cosas, lamentable, he pecado”».

«El Señor nos perdona, siempre y no una vez» reiteró el Pontífice. «A nosotros –añadió– nos dice que perdonemos setenta veces siete, siempre, porque él perdona siempre: “Yo te perdono, pero siempre que tú perdones a los otros”». Y haciendo referencia al pasaje evangélico de Mateo (18, 21 - 35), el Papa hizo presente que «si tú vas a pedir perdón al Señor como este siervo, ¡el Señor lo perdona! Pero después si el siervo no perdona a su compañero...». Y así, añadió, «el perdón de Dios viene fuerte a nosotros, siempre que nosotros perdonemos a los otros». Pero, advirtió Francisco, «no es fácil esto porque el rencor pone nido en nuestro corazón y siempre está esa amargura». De hecho «muchas veces llevamos con nosotros la lista de cosas que me han hecho: este me ha hecho esto, me ha hecho eso, me ha hecho esto». Sin perdonar.

«Un confesor –prosiguió el Pontífice compartiendo otra confidencia– me dijo, una vez, que se encontró en dificultad cuando fue a



dar los sacramentos a una anciana que iba a morir. Se confesó bien la anciana de sus pecados y, también, contó historias de familia. Y él dijo: “Pero señora, ¿usted perdona a estos familiares?” –“No, no perdono”. La mujer, afirmó el Papa, estaba «apegada al odio, el diablo la había encadenado a ese odio». Y así «esa anciana –janciana!– que iba a morir decía: “no perdono”». El confesor, dijo Francisco, trató de hablar de Jesús, que era bueno y ella decía que sí, era bueno y así daba la vuelta, daba la vuelta, daba la vuelta y le dijo: “¿Pero usted cree que Jesús es bueno?” –“Sí, sí”. Y el confesor «dio la absolución, pero el odio la esclavizaba».

«Te perdono, siempre que tú perdones a los otros: estas son las dos cosas que nos ayudarán para entender el camino del perdón» concluyó el Pontífice. Y después se debe «dar gloria a Dios: “Tú eres grande, Señor, me has hecho muchas cosas buenas, lamentablemente he pecado. Perdóname” –“Sí, te perdono, setenta veces siete, siempre que tú perdones a los otros”». Que «el Señor –añadió– nos haga entender estas cosas».

Agua para vivir

FERNANDO CHICA ARELLANO*

«El derecho al agua es un derecho universal e inalienable». Así lo afirma el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Conviene que lo recordemos con ocasión del 22 de marzo, fecha en que se celebra el Día Mundial del Agua, instituido por las Naciones Unidas en 1992. Este año coincide, además, con el VIII Foro Mundial del Agua, que tendrá lugar en Brasilia en este mismo mes de marzo. Ya en 2004, san Juan Pablo II escribía a los obispos brasileños para recordarles que el agua no es un bien ilimitado y que «es necesario prestar atención a los problemas creados por su evidente escasez en muchas partes del mundo». Y Benedicto XVI, tres años más tarde, insistía en la necesidad de «una conciencia solidaria que considere la alimentación y el acceso al agua como derechos universales de todos los seres humanos, sin distinciones ni discriminaciones». Más recientemente, a la cuestión del agua el Papa Francisco dedicó varios números de su encíclica sobre el cuidado de la casa común.

Agua para beber. Hoy, más de dos mil millones de personas en el mundo carecen en su casa de agua potable y segura. Cada día mueren unos mil niños menores de cinco años, víctimas de enfermedades diarreicas relacionadas con la falta de acceso a agua potable, saneamiento adecuado e higiene; y, según ACNUR, en los próximos cincuenta años habrá cientos de millones de migrantes

modo, amenazada la vida acuática, la armonía y estabilidad del planeta se alteran igualmente. Por este motivo, aunque parezca paradójico y pocos piensen en ello, hay que cuidar esmeradamente los océanos. Hoy también ellos sufren y tienen sed. Y es que la falta de oxígeno influye en todos los niveles de la cadena trófica. Tienen sed las algas y el zooplancton, el calamar y los peces, la orca y el tiburón; tienen sed los pescadores artesanales y las personas que consumen pescado. Lleva razón, pues, el Santo Padre al insistir en que «todo está conectado» y «todo está relacionado». De modo que podemos escuchar, también aquí, la petición del Señor: «Dame de beber». Demanda que, finalmente, se convierte en un motivo de juicio: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve sed y me disteis de beber».

Agua para vivir. El agua es un «elemento esencial para la vida», como se recoge en el título de la aportación oficial de la Santa Sede al III Foro Mundial del Agua, celebrado en Kyoto en 2003. En cambio, la falta total o la escasez de este precioso recurso engendran hambre, miseria y muerte. Conservar el agua, compartirla magnánimamente, no contaminarla, ahorrarla, depurarla y reciclarla son acciones hoy más precisas y apremiantes que nunca. No valen ya las simples palabras. Los que malviven en medio de desiertos y eriales están saturados de retórica y lo que reclaman es que se atiendan sus necesidades reales. Hay que poner, pues, manos a la obra y plantear soluciones eficaces al problema del agua desde la clave del destino universal de los bienes. Sin embargo, acostum-



Niña palestina bebiendo agua en una fuente pública (Reuters/Mohammed Salem)

forzados y refugiados climáticos. En medio de esta cruel realidad los cristianos podemos escuchar la voz de Jesús que, presente en los crucificados de este mundo, dice: «Tengo sed». Como se sabe, estas palabras acompañaron durante décadas la vida de la Madre Teresa de Calcuta, convirtiéndose en un motor para su vida espiritual y para su encomiable servicio a los más pobres. Ella llevaba también en su corazón aquellas otras palabras del Señor: «Quien dé un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños no quedará sin recompensa». La encíclica *Laudato si'*, a propósito de las dificultades de nuestro mundo para asegurar un suministro equitativo de agua de calidad, sobre todo a las poblaciones más desfavorecidas, destaca que «la pobreza del agua social se da especialmente en África». Un caso dramático y actual lo encontramos en Ciudad del Cabo, en la República Sudafricana, que, tras varios años de intensa sequía, en estos días corre el riesgo de convertirse en la primera gran ciudad del mundo sin suministro de agua.

Agua para respirar. Los océanos son la fuente principal de oxígeno de nuestro planeta. Son nuestros pulmones, pero están en grave peligro. Según estudios recientes, a lo largo de los últimos cincuenta años los océanos han perdido el 2% de su oxígeno disuelto, las zonas costeras virtualmente muertas por falta de oxígeno se han multiplicado por diez y las áreas marítimas sin nada de oxígeno disuelto han aumentado en cuatro veces. Estos datos son realmente preocupantes porque, de acuerdo con las evidencias científicas, esta peligrosa desoxigenación se debe a la acción humana, en concreto, al incremento de aguas residuales y de restos agrícolas (nitrógeno y fósforo), así como al nocivo efecto de los combustibles fósiles. La cuestión es que, al disminuir la cantidad de oxígeno en los océanos, se rompe el equilibrio de los sedimentos marinos y se modifica la disponibilidad de nutrientes. De este

brados como estamos a verlo todo desde una pantalla de ordenador, no nos damos cuenta de que la ausencia de agua, líquido imprescindible para el desarrollo humano, es algo más que un mero titular de prensa. En realidad, es un problema muy grave, que no consiente evasiones; es una lacra que está generando mucho dolor en numerosos enclaves de la tierra. Para extirparla se requieren respuestas inmediatas e inteligentes, que vean implicadas a instancias internacionales, nacionales y locales. La única forma de arreglar esta cuestión es la colaboración franca, lúcida y constante de todas las instituciones. De lo contrario, no se hallarán ni asegurarán soluciones y medidas efectivas y sostenibles a una problemática tan compleja como la del agua. Pero no escurramos el bulto, creyendo que la búsqueda de una salida sensata y definitiva al problema del agua compete solamente a otros. ¿Y nosotros? No declinemos responsabilidades, mirando hacia otra parte. Individual y comunitariamente podemos y debemos hacer mucho. Por ejemplo, ser sobrios en el consumo de agua, fomentar una cultura para su cuidado y protección y educar a las nuevas generaciones para que gestionen este elemento con responsabilidad y sin egoísmo. Éste es un ideal por el que merece la pena trabajar y luchar. De esta forma, en palabras del Obispo de Roma, «con nuestro "poco" estaremos contribuyendo a que nuestra casa común sea más habitable y más solidaria, más cuidada, donde nadie sea descartado ni excluido, sino que todos gocemos de los bienes necesarios para vivir y crecer en dignidad».

*Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA

«Cuando rezamos el Padre Nuestro, rezamos como rezaba Jesús». Lo recordó el Papa Francisco a los fieles reunidos en la plaza San Pedro por la Audiencia general del miércoles 14 de marzo. En el ámbito del ciclo de catequesis dedicadas a la misa, el Pontífice continuó la reflexión sobre la liturgia eucarística.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con la catequesis sobre la santa misa. En la Última Cena, después de que Jesús tomó el pan y el cáliz del vino, y dio gracias a Dios, sabemos que «partió el pan». A esta acción corresponde, en la Liturgia Eucarística de la misa, la fracción del Pan, precedida por la oración que el Señor nos ha enseñado, es decir, por el «Padre Nuestro».

Y así comenzamos los ritos de la Comunión, prolongando la alabanza y la súplica de la Oración eucarística con el rezo comunitario del «Padre Nuestro». Esta no es una de las muchas oraciones cristianas, sino que es la oración de los hijos de Dios: es la gran oración que nos enseñó Jesús. De hecho, entregado el día de nuestro bautismo, el «Padre Nuestro» nos hace resonar en nosotros esos mismos sentimientos que estaban en Cristo Jesús. Cuando nosotros rezamos el «Padre Nuestro», rezamos como rezaba Jesús. Es la oración que hizo Jesús, y nos la enseñó a nosotros; cuando los discípulos le dijeron: «Maestro, enséñanos a rezar como tú rezas. Y Jesús rezaba así. ¡Es muy hermoso rezar como Jesús! Formados en su divina enseñanza, osamos dirigirnos a Dios llamándolo «Padre» porque hemos renacido como sus hijos a través del agua y el Espíritu Santo (cf. *Efesios* 1, 5). Ninguno, en realidad, podría llamarlo familiarmente «Abbà» —«Padre»— sin haber sido generado por Dios, sin la inspiración del Espíritu, como enseña san Pablo (cf. *Romanos* 8, 15). Debemos pensar: nadie puede llamarlo «Padre» sin la inspiración del Espíritu. Cuántas veces hay gente que dice «Padre Nuestro», pero no sabe qué dice. Porque sí, es el Padre, ¿pero tú sientes que cuando dices «Padre» Él es el Padre, tu Padre, el Padre de la humanidad, el



En la audiencia general el Papa habla del Padre Nuestro

Como rezaba Jesús

Padre de Jesucristo? ¿Tú tienes una relación con ese Padre? Cuando rezamos el «Padre Nuestro», nos conectamos con el Padre que nos ama, pero es el Espíritu quien nos da ese vínculo, ese sentimiento de ser hijos de Dios. ¿Qué oración mejor que la enseñada por Jesús puede disponernos a la Comunión sacramental con Él? Más allá de en la misa, el «Padre Nuestro» debe rezarse por la mañana y por la noche, en los Laudes y en las Vísperas; de tal modo, el comportamiento filial hacia Dios y de fraternidad con el prójimo contribuyen a dar forma cristiana a nuestros días.

En la oración del Señor —en el «Padre nuestro»— pidamos el «pan cotidiano», en el que vemos una referencia particular al Pan Eucarístico, que necesitamos para vivir como hijos de Dios. Imploramos también el «perdón de nuestras ofensas» y para ser dignos de recibir el perdón

de Dios nos comprometemos a perdonar a quien nos ha ofendido. Y esto no es fácil. Perdonar a las personas que nos han ofendido no es fácil; es una gracia que debemos pedir: «Señor, enséñame a perdonar como tú me has perdonado». Es una gracia. Con nuestras fuerzas nosotros no podemos: es una gracia del Espíritu Santo perdonar. Así, mientras nos abre el corazón a Dios, el «Padre nuestro» nos dispone también al amor fraternal. Finalmente, le pedimos nuevamente a Dios que nos «libre del mal» que nos separa de Él y nos separa de nuestros hermanos. Entendemos bien que estas son peticiones muy adecuadas para prepararnos para la Sagrada Comunión (cf. *Instrucción General del Misal Romano*, 81). De hecho, lo que pedimos en el «Padre nuestro» se prolonga con la oración del sacerdote que, en nombre de todos, suplica: «Libranos, Señor, de todos los males, danos la paz en nuestros días».

Y luego recibe una especie de sello en el rito de la paz: lo primero, se invoca por Cristo que el don de su paz (cf. *Juan* 14, 27) —tan diversa de la paz del mundo— haga crecer a la Iglesia en la unidad y en la paz, según su voluntad; por lo tanto, con el gesto concreto intercambiado entre nosotros, expresamos «la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de la comunión sacramental» (*IGMR*, 82). En el rito romano, el intercambio de la señal de paz, situado desde la antigüedad antes de la comunión, está encaminado a la comunión eucarística. Según la advertencia de san Pablo, no es posible comunicarse con el único pan que nos hace un solo cuerpo en Cristo, sin reconocerse a sí mismos pacificados por el amor fraterno (cf. *1 Corintios* 10, 16-17; 11, 29). La paz de Cristo no puede arraigarse en un corazón incapaz de vivir la fraternidad y de recomponerla después de haberla herido. La paz la da el Señor: Él nos da la gracia de perdonar a aquellos que nos han ofendido.

El gesto de la paz va seguido de la fracción del Pan, que desde el tiempo apostólico dio nombre a la entera celebración de la Eucaristía (cf. *IGMR*, 83; *Catequismo de la Iglesia Católica*, 1329). Cumplido por Jesús durante la Última Cena, el partir el Pan es el gesto revelador que permitió a los discípulos reconocerlo después de su resurrección. Recuerde-mos a los discípulos de Emaús, los que, hablando del encuentro con el Resucitado, cuentan «cómo lo habían conocido en la fracción del pan» (cf. *Lucas* 24, 30-31:35).

La fracción del Pan eucarístico está acompañada por la invocación del «Cordero de Dios», figura con la que Juan Bautista indicó en Jesús al «que quita el pecado del mundo» (*Juan* 1, 29). La imagen bíblica del cordero habla de la redención (cf. *Esdras* 12, 1-14; *Isaías* 53, 7; *1 Pedro* 1, 19; *Apocalipsis* 7, 14). En el Pan eucarístico, partido por la vida del mundo, la asamblea orante reconoce al verdadero Cordero de Dios, es decir, el Cristo redentor y le suplica: «ten piedad de nosotros... danos la paz».

«Ten piedad de nosotros», «danos la paz» son invocaciones que, de la oración del «Padre nuestro» a la fracción del Pan, nos ayudan a disponer el ánimo a participar en el banquete eucarístico, fuente de comunión con Dios y con los hermanos. No olvidemos la gran oración: lo que Jesús enseñó, y que es la oración con la cual Él rezaba al Padre. Y esta oración nos prepara para la comunión.

Al finalizar la catequesis, Francisco saludó a los fieles presentes dirigiéndoles, como de costumbre, expresiones de bienvenida.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española provenientes de España y América Latina, en particular al grupo de la Fundación «Líderes Globales para el Fomento de los Gobiernos Locales». En nuestro camino cuaresmal de preparación para la Pascua del Señor, pidamos a la Virgen María que no deje de mirarnos con amor para que, con la ayuda del Espíritu Santo, haga fecundos nuestros propósitos de una mayor entrega y generosidad en nuestra vida cristiana. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

Los riesgos del miedo

A la comunidad de San Egidio Francisco pide no ceder al miedo ante el diferente

No hay que ceder al miedo respecto a «quien es extranjero, diferente a nosotros, pobre», tratándolo «como si fuera un enemigo». Lo dijo el Papa Francisco en el discurso pronunciado durante la celebración de la Palabra presidida el domingo por la tarde, 11 de marzo, en la basílica de Santa María en Trastevere, con ocasión del 50º aniversario de la fundación de la comunidad de San Egidio. El Pontífice escuchó varios testimonios, entre ellos el de Jafar, palestino de quince años que huyó de Siria y que pre-



sentó a su madre Rasha, herida en los ojos por proteger a su hermano pequeño Omar durante un bombardeo en un campo de refugiados de Yaromouk, periferia de Damasco, donde nació el niño. «Hoy yo soy los ojos de mi madre», dijo.

El Pontífice ofreció una reflexión centrada en el hecho de que «el mundo está habitado por el miedo». Y recordó que la palabra del Señor «es luz en la oscuridad y da esperanza de paz; nos ayuda a no tener miedo incluso frente a la fuerza del mal».